

termina allí; de hecho, es solo el primer paso, es un ser más y saber más, para servir mejor. Cada aprendizaje afianza tu seguridad técnica para desenvolverte mejor en una cirugía en donde más que suturar tejidos, suturas confianza y calidad de vida. Y reconoces que así hagas lo posible, nunca darás vida, y menos la quitarás.

Sí, hay un límite que te recuerda cada segundo que el médico no es más que un intermediario, es aún más humano que cualquiera, no es mago y menos, Dios. Es un ser de entrega y pasión, al que se le llena el corazón al trabajar un domingo cuando sus conocimientos le alcanzan para mejorar la salud de otro.

Es un compromiso sin posibilidad de ser anulado, donde estás dispuesto 24 horas los siete días de la semana para atender una llamada y seguir. Entonces, aunque no haya vivido la práctica, anhelo ese momento en que lo que aprenda tenga sentido, cuando un paciente me diga: gracias por su ayuda.

## Mi vocación

*Michael Steven Espinosa Barrero*

Desde que estaba muy pequeño empezó a gustarme este asunto de la medicina. Les pedía a mis padres que para el 31 de octubre me compraran un disfraz de médico, y así, me disfracé de médico una vez, y de cirujano en otra ocasión.

Recuerdo cuando estaba en preescolar que a veces me llevaba las gafas del disfraz de médico y me encantaba jugar al doctor. Con mis amiguitos de la cuadra también jugábamos a eso. Unas niñas hacían de enfermeras o doctoras, yo hacía de doctor y otros niños hacían de pacientes, cosa curiosa porque ahora que crecimos, una de las niñas que hacía de enfermera, es auxiliar de enfermería. Y otra niña que también se disfrazó de enfermera, está estudiando regencia de farmacia. Todos en el área de las ciencias de la salud.

Jugábamos con un kit de médico que yo tenía, donde se podía encontrar un fonendoscopio, un tensiómetro, una jeringa y un recipiente de medicamentos. Gastábamos las servilletas y los absorbentes de la cocina de mi casa para enyesar las piernas de mis amigos que hacían de pacientes. Usábamos una mezcla de agua y ega; eso sí, todo a escondidas para salvarnos del regaño de mi mamá.

Ya una vez en primaria también me gustó el teatro, y participé en varias obras. En una fui el protagonista “San Juan Bosco”, y en otra, hice de “tomate”. Luego, en quinto, fui un rey mago. Ya en sexto, si mal no recuerdo, llegué a casa a eso de medio día después de clases en el colegio y vi en el programa “Qué hay para hacer” de Telepacífico, una invitación para participar en un taller de teatro, gratis, dictado por los actores Alejandro Buenaventura y Jorge Herrera.

Ese mismo fin de semana, decidí ir y vi a los apasionados de esta maravillosa profesión. La primera jornada del taller le correspondió a Alejandro. Nos habló de la historia del teatro en Colombia y el papel fundamental del teatro caleño

para el país, identidad que Fanny Mikey lamentablemente se llevó de su amada Cali para realizar en Bogotá el Festival Iberoamericano de Teatro.

Lo que más recuerdo de esa interesante exposición fue que Alejandro decía que se había retirado de la televisión porque la dinámica del mercado y el afán de las productoras para hacer las filmaciones impedían que un actor hiciese una interiorización adecuada o profunda en el desarrollo de sus personajes. Dijo que lo sublime y bello en el actuar, eran las expresiones, las emociones y el darle vida en carne propia a una historia entre letras, que se perdía solo por la dinámica acelerada de la industria.

Inicialmente no entendí, pues Alejandro mencionó varias veces que la situación económica de los actores era complicada. Y si no estoy mal, recomendaba que los que pensaran vivir de la actuación o del teatro, emprendieran en negocios o en otro tipo de actividades porque del mismo teatro no era posible vivir muy bien.

Entonces ¿por qué se retiró de la televisión si supuestamente era tan difícil conseguir empleo y la situación económica del actor era compleja? ¿Cómo fue posible que dijera que es mejor vivir de la belleza del arte y de lo sublime de vivir un personaje, que tener una buena calidad de vida lograda por el trabajo? Estas eran las preguntas que me asaltaban en ese entonces.

Mi padre es comerciante. Es una persona que ha vivido y aprendido de los negocios. Continuamente me decía que el

comercio era el oficio más bello por que se veía la “plata”. Empecé, entonces, a sentir la necesidad de tener esa “plata” para obtener una “buena calidad de vida”. Tal vez esa no fue la enseñanza que me quiso dar mi padre, aunque eso fue lo que entendí.

Por tal razón, no comprendía por qué aquel actor tan famoso no quiso aprovechar más las ofertas de empleo en televisión, ya que afirmaba que pudo tener un buen lugar en dicho medio. Simplemente no entendía por qué prefería el amor a su oficio que vivir como “esclavo del sistema”. Yo pensaba que eso era trabajar y que era lo que tocaba cuando se presentaban las oportunidades en el pedestal de la televisión.

Me sonaba el cuento de ser actor y aquí viene el gran “pero”.

Al día siguiente del taller de Jorge Herrera, el famoso actor que interpretó el papel de “Don Hermes” en la novela “Betty la Fea”, pude pensar lo contrario. Resulta que siempre quise entrar al grupo de teatro del colegio, pero al principio de mi bachillerato no lo hice por el tiempo y por otras cosas que no recuerdo. A lo que voy es a decir que me encontré al grupo de teatro, en la biblioteca departamental, también participando en el taller.

Una de las integrantes de dicho grupo -que aparte, vive por mi casa y era de mi ruta escolar-, decía que quería ser actriz. Su enorme talento dejaba a todos con la boca abierta en el desarrollo de las diferentes actividades propuestas por Jorge. Fue increíble. Incluso, él la felicitó. Se le veía la pasión y era muy, pero muy agradable y entretenido ver y escuchar

su manera de expresarse y percibir cómo modulaba su voz. Era expansiva con sus expresiones emocionales, era o es una actriz innata. Dichas cualidades las vi en muchos de los integrantes del taller y ahí definitivamente me di cuenta que el teatro es un arte hermoso que me gustaba y me sigue gustando pero que no me llena.

Pasó el tiempo y cuando estaba en séptimo, aprendí a tocar guitarra. Dejé la natación que me acompañó desde la infancia, y aunque dije que me gustaba el teatro, la idea de la medicina me rondaba de vez en cuando. Este año de mi bachillerato fue muy significativo. Pensaba en Medicina como una posible opción, pero de repente el boom de las minas antipersona y las lluvias de testimonios dolorosos de amputaciones y traumas aterradores en cara, familias afectadas, violencia, todo ese contexto... me hizo desistir. A mi temprana edad me veía como un médico que amputaba piernas o brazos, le quitaba la oportunidad de trabajar a las personas que vivían de la fuerza de su cuerpo para domar la fructífera tierra inundada en el profundo mar de la violencia que acontecía en ese entonces en nuestro país. Así que no fue nada fácil.

Durante ese mismo grado séptimo, hubo en el colegio una feria de emprendimiento que consistía en hacer una propuesta de microempresa. Me emocioné mucho con el tema, así que saqué parte de esa sangre de comerciante que heredé de mi padre y elaboré unas rosas en fommy que aprendí a hacer solo siguiendo una guía de instrucciones de cómo hacerlas, y unas manillas en macramé que me enseñó a tejer mi abuela. El resultado fue excelente. Me sentía muy bien porque me

propuse realizar una gran cantidad de productos y todos lo elaboré. La idea de la feria era vender los productos hechos por nosotros mismos, y en mi caso, tuve éxito rotundo ya que vendí toda mi mercancía. Me hicieron muchos encargos.

Después de eso, pensé que debía estudiar administración de empresas. Con el dinero que gané, invité a mis abuelos a montar en el MIO, que en ese entonces estaba recién inaugurado. El plan de muchos en mi barrio era darse la vueltica por toda la ciudad para “ver cómo era”. Aparte de eso, llegó a la ciudad la exposición de “Bodies” al museo de La Tertulia. Fue un día increíble. Gasté las ganancias de mi empresa en un solo día. Recuerdo que fue un día jueves que no hubo clase en el colegio, y pude ir al centro con mi papá ya que él trabajaba ahí. Ese día, con solo 13 años de edad, me fui a buscar un jeep de los que suben a Terrón Colorado, para llegar a La Tertulia. Eran como las nueve de la mañana.

Como no sabía llegar a ese lugar, le pedí el favor al conductor que me avisara cuando estuviésemos cerca al museo y le dije que por favor parara cerca. El conductor, muy amablemente me dijo que con mucho gusto. Así que el carro arrancó, lleno de pasajeros, con rumbo a Terrón Colorado. En el trayecto sentí que ya nos habíamos pasado del museo. Creo que la intuición es verdadera porque en realidad sentí eso y yo no conocía en absoluto esa vía a Terrón. Le pregunté a una señora que estaba en frente mío con el fin de ubicarme. Ella me dijo que hace rato habíamos pasado el museo y le dijo al conductor, que apenas se disculpó diciéndome que se había olvidado; sin embargo, me dio las indicaciones para llegar al museo.

Una vez caminando por ese sector -muy solo por cierto a esas horas de la mañana-, vi a una mujer que venía en dirección contraria a la mía. Mi mamá siempre me ha dicho que salude a todo el mundo, así sea un indigente, porque saludando a la gente se le quitan las intenciones de robar. Así que decidí saludarla, en primer lugar porque estaba solo y en segundo lugar, para preguntarle dónde estaba el museo.

Recuerdo detalladamente su aspecto. Una mujer que aparentaba estar en la tercera década de la vida, de talla mediana, contextura gruesa, cabello rubio recogido con una moña. Vestía una camiseta grande de color gris con mangas azules oscuras y no recuerdo bien si llevaba pantalones cortos. Calzaba sandalias azules, oscuras, y tenía en sus brazos muchas “curitas” de esas circulares que las auxiliares de enfermería le ponen a uno cuando le toman una muestra de sangre.

La primera impresión que se me vino a la cabeza fue la de ver una persona con dependencia hacia algún tipo de sustancia psicoactiva de administración endovenosa. Eso me asustó, sin embargo, le pedí las indicaciones pertinentes, y para mi sorpresa, respondió amablemente. Hasta me tuteó. Me pareció un ser maravilloso, de ojos claros, que me trató muy bien. Me despedí.

En La Tertulia, presenté mi carné estudiantil y recibí un descuento. Pagué \$15.000, ingresé a la exposición que comenzaba en el tercer piso y de ahí, increíblemente, demoré seis horas en salir. Pude ver por primera vez el cuerpo humano debajo de la piel, de verdad, no como en los libros

se suele ver. La exposición abordaba el esqueleto. Aprendí cuáles eran las cisuras coronal y sagital, vi un cráneo con los huesos separados, normalmente fusionados. Seguí por la estación de sistema nervioso, sistema cardiovascular y respiratorio, sistema locomotor, vi una estación de patología y aprendí a identificar cómo queda un pulmón después de varios años de tabaquismo, de cómo es la morfología de un hígado cirrótico.

Aprecié las diferentes etapas de la vida embrionaria y fetal y por último, observé el cuerpo humano seccionado en cortes sagitales y axiales. Los cuerpos utilizados en esa exposición eran reales, conservados mediante la técnica de plastinación, que a grosso modo consiste en cambiar los fluidos corporales por polímeros que le atribuyen una textura plástica al modelo. Algunos de ellos tenían hasta 15 años de proceso.

El cuento fue que se me iluminó la forma en cómo veía la medicina. Se abrió ante mí un nuevo paradigma y me sentí tan apasionado por el tema que me vi ahora si identificado con esa pasión de la chica del grupo de teatro del colegio, durante el taller de Jorge Herrera.

En grado octavo, tuve la gran experiencia de ser alumno de la muy querida por todos “profesora Miriam”. Ella padecía cáncer desde hace algunos años atrás y nos encantaba a todos con sus historias de vida; además, era una excelente y exigente profesora de biología. Ese año vimos muchos sistemas fisiológicos del cuerpo humano y me fue muy bien porque tenía la fascinación de mi experiencia en La Tertulia y la integraba con los conocimientos básicos de biología. La



profe Miriam, con sus súper clases, terminó motivándonos a estudiar medicina.

Hace algunos años cuando practicaba natación, viajé a un encuentro nacional en la ciudad de Ibagué, Tolima. Durante la competencia me quedé en la casa de la madrina de mi hermana; curiosamente, en esos días, su hija menor estaba estudiando medicina en una universidad en Tunja. Ya iba en quinto semestre cuando le ocurrió un evento traumático. Un paciente se le murió y su proyecto de ser médica llegó hasta ahí; los cuestionamientos y comentarios de la familia en esa época eran de motivación para ella porque ello era parte de la carrera y además, era muy costosa.

El caso es que esa anécdota me llegó a la cabeza cuando estaba en octavo y en realidad tenía la certeza de que quería estudiar medicina. Las ideas de teatro y administración de empresas se quedaban en el baúl de mis recuerdos; me dije que tenía que hacer hasta lo imposible para cerciorarme de que esa carrera era la de mi vida entera, de que no me podía arrepentir en la mitad del camino, y eso hice.

Durante mis años de bachillerato, solicité muchas consultas con psicología para asegurarme de mi elección. Realicé un curso sobre administración básica de medicamentos en el SENA virtual, que no terminé porque era muy complejo para las competencias que tenía en ese momento.

En grados décimo y undécimo fui el mejor de mi clase en la mayoría de periodos porque quería ser “el mejor médico del mundo”. Y anhelaba tener las competencias necesarias para

afrontar los retos de la universidad con mucha inteligencia, soñaba con ser el mejor, con ganarme una beca.

Mis compañeros de clase “la tenían clarita”, sabían qué querían estudiar. En grado once me inscribí a la brigada bomberil del INEM de Cali. Todo lo hice para reforzar esa certeza de que no iba a dejar mi sueño a mitad de camino. En esta brigada me desempeñé de manera excelente, fui reconocido con una medalla en mi graduación y obtuve el título de bombero socorrista. Fue mi primera experiencia práctica en el ámbito de la salud.

Ya después de semejante camino, me gradué del colegio y no entré a estudiar inmediatamente; fue duro porque la mayoría de mis compañeros entraron a estudiar y yo también quería empezar a ese ritmo. Pero no fue posible. Aunque no inicié mis estudios recién me gradué, ahora pienso que ese tiempo fue fundamental para mi vida. Lo que hice fue prepararme para el examen de admisión de la Universidad del Cauca. Quería una universidad pública porque sabía que Medicina era costosa, y la opción de estudiar en una universidad privada era inviable, salvo si obtenía una beca.

El examen medía diferentes competencias en matemáticas, comprensión lectora y no recuerdo que más. Viajé a Popayán a presentarlo, y aunque lo gané, el puntaje no fue suficiente para ganar uno de los 35 cupos disponibles anuales. Mucha gente de distintos lugares del país fue a presentarlo, muchos otros estaban repitiéndolo. Mi *icfes* fue bueno, pero no lo suficiente como para ser preseleccionado en la Universidad del Valle. Viví entonces un periodo de frustración ya que me

esforcé para ser el mejor en el colegio, precisamente porque quería estudiar medicina. Si hubiese querido estudiar otra carrera, hubiera tenido más probabilidades de pasar.

Uno de mis últimos intentos fue en la universidad ICESI, donde saqué cinco en la entrevista de admisión. Pero por el ICFES, quedé en lista de espera. Soy creyente y confieso que en ese largo semestre, aparte de estudiar para el examen de admisión en la universidad pública, me dediqué a orar. En realidad dedicaba mucho tiempo a pedirle a Dios para que me favoreciera en la admisión de una universidad para cumplir mi sueño de ser médico y servir a los demás.

A parte de todo lo que ya he escrito, tuve la grata oportunidad de cuidar a mi abuelo Cenen Espinosa. Sufría de Parkinson y yo le hacía todo: lo bañaba, lo vestía, le daba de comer, salíamos a pasear. Desarrollé la sabia cualidad de la paciencia. Lo escuchaba cada vez que quería hablar, jugaba con él para que el día se pasara rápido, lo acompañaba a sus citas médicas y a urgencias cada vez que era necesario, y le daba sus medicamentos.

Mi abuelo me enseñó a tener paciencia. Me ayudó a descubrir que pese a mi juventud, me agradaba cuidarlo, que no me importaba dejar de hacer otras actividades a cambio de estar todo el día en función de él. Le agradezco a mi abuelo porque él me permitió saber qué es vivir siendo médico muy tempranamente. Mi abuelo me dio a conocer el contexto del adulto mayor en el sistema de salud colombiano, me condujo a confirmar con toda la seguridad del mundo que yo había tomado la mejor decisión de mi vida.

Mi mamá es profesora de ciencias naturales en un colegio de Yumbo. Una vez fue invitada por la Universidad Javeriana a participar en unas actividades sobre educación ambiental con algunos de sus alumnos. Ese día, preguntó en las oficinas de registro académico que si aún había plazo para inscribirse a Medicina y le dijeron que hasta el día siguiente. Acto seguido, me llamó y me dijo que fuese a la universidad con todos los papeles, y así fue. Días después, pasé la entrevista con el doctor Villamizar y fui favorecido con la beca ACCES. Me fue aprobado el *icetex* y como si todo fuese un milagro de Dios por tantas horas de oración y ganas de estudiar, he pasado seis semestres en esta maravillosa Universidad que me abrió las puertas para construirme como un excelente profesional.

Esta es mi historia, la manera como poco a poco se construyó mi vocación. He aprendido de la medicina y sobre todo, de mi abuelo. He construido excelentes relaciones humanas y profesionales con mis pacientes. He aprendido a escuchar, a hacer sentir en confianza al paciente. Hacerlo sentir especial, además de motivarlo en su proceso de recuperación es algo simplemente bello que hace olvidar las caídas, los esfuerzos. Y las pocas horas de sueño.

Ahora comprendo por qué Alejandro Buenaventura decidió dejar la televisión...porque la vocación es de amor, es de entrega y de gusto. Espero seguir adelante en el cumplimiento de mi sueño, aunque debo aceptar que ha sido muy duro. Ya no quiero ser el mejor médico del mundo porque eso implica competir con mis compañeros y amigos. Y la medicina es algo que se construye entre los colegas, que son ese apoyo

fundamental. Ahora solo quiero ser un médico excelente que se siente así porque sus pacientes se recuperan de su dolor, y no porque hice mejor que otro, las cosas.

Mi abuelo falleció a la edad de 97 años. Alcancé a decirle que iba a entrar a estudiar medicina y que iba a ser el primer médico de la familia. Recuerdo que me dio su bendición y me felicitó. ¡Me despedí de mi abuelo con el profundo sentimiento de gratitud, una semana antes de entrar a la semana de inducción en la universidad...!

## Odisea pre parcial

*Alexandra Parody Wadi*

Era el día anterior a un parcial de infecciones. Me sentía tranquila porque había terminado de estudiar y no tenía dudas de mis conocimientos. En la mañana me dediqué a repasar los temas mentalmente, así que cuando terminé, decidí descansar un poco.

En la noche, bajé a buscar algo de comer en la nevera, pero vi que no había “nada”. Bueno, en realidad sí había cosas para comer, pero en ese momento me dio mucha pereza cocinar, así que le pregunté a mi mamá si podía pedir comida a domicilio. Me dijo que sí. Fui donde mi hermano para preguntarle qué quería de comer. De inmediato, sacó una tarjetica que tenía un número de teléfono y algunas imágenes de lo que ofrecía